



Laicos cristianos: sal y luz del mundo

“DÍA DE LA ACCIÓN CATÓLICA Y DEL APOSTOLADO SEGLAR”

Tema: La formación de los laicos a 20 años de la *Christifideles laici*. La contribución de la AC.

Lema: «*Laicos cristianos: sal y luz del mundo*».

«*Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué se salará? Para nada vale ya, sino para tirarla fuera y que la pisen los hombres.*

Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte.

Tampoco se enciende una lámpara para taparla con una vasija de barro, sino que se pone sobre el candelero para que alumbre a todos los que están en la casa.

Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres que, al ver vuestras buenas obras, den gloria a vuestro Padre que está en los cielos».

(Mt 5, 13-16)

Introducción

Este año estamos conmemorando el vigésimo aniversario de la Exhortación apostólica *Christifideles laici*, un documento de gran importancia para toda la Iglesia, y en particular para el laicado, ese «gigante dormido» que, en esta etapa de la Historia que estamos viviendo, resulta imprescindible que comience a despertar, porque «también los fieles laicos son llamados personalmente por el Señor, de quien reciben una misión en favor de la Iglesia y del mundo¹».

¹ Christifideles laici (ChL) 2.

Una misión, la de los laicos, que es esencial a la tarea evangelizadora de toda la Iglesia: laicos, religiosos, pastores... «La Iglesia no está verdaderamente formada, ni vive plenamente, ni es representación perfecta de Cristo entre las gentes, mientras no exista y trabaje con la jerarquía un laicado propiamente dicho²». En este sentido, «la formación debe ayudarnos a tomar conciencia de que todos somos Iglesia³».

«Despertar al laicado», por tanto, no consiste en generar simples ejecutores de las directrices marcadas por el ministerio ordenado: «El objetivo que la Exhortación quiere alcanzar es suscitar y alimentar una más decidida toma de conciencia del don y de la responsabilidad que todos los fieles laicos –y cada uno de ellos en particular– tienen en la comunión y en la misión de la Iglesia»⁴.

Los laicos son corresponsables en la tarea evangelizadora y, por su vocación específica, a través de sus tareas temporales mantienen presente y activa a la Iglesia en el corazón del mundo. «Nuevas situaciones, tanto eclesiales como sociales, económicas, políticas y culturales, reclaman hoy, con fuerza muy particular, la acción de los fieles laicos»⁵, porque muchas veces sólo ellos pueden llegar allí donde el ministerio ordenado, por diversas circunstancias, no tiene acceso. De hecho, «el Evangelio no puede penetrar profundamente en las conciencias, en la vida y en el trabajo del pueblo sin la presencia activa de los seglares»⁶.

Esta acción de los fieles laicos en muchas ocasiones resulta especialmente complicada, y puede surgir la tentación de replegarse, vivir la fe con escasa o nula presencia pública. Sin embargo, «la vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado»⁷; por tanto es necesario entonces mirar cara a cara este mundo nuestro con sus valores y problemas, sus inquietudes y esperanzas, sus conquistas y derrotas: un mundo cuyas situaciones económicas, sociales, políticas y culturales presentan problemas y dificultades más graves respecto a aquel que describía el Concilio en la Constitución pastoral *Gaudium et spes*⁸.

Para poder mirar cara a cara este mundo nuestro resulta imprescindible una adecuada formación que desarrolle una mirada evangélica sobre la realidad, en orden a transformarla según los valores del Reino de Dios. Esta formación no convierte al fiel laico en una réplica del ministerio ordenado, sino que

² *Ad gentes* (AG) 21.

³ CEAS, *Guía Marco de Formación de Laicos*, 26.

⁴ ChL 2.

⁵ *Ibíd.* 3.

⁶ AG 21.

⁷ *Apostolicam actuositatem* (AA) 2.

⁸ ChL 3.

desarrolla y potencia su vocación específica, capacitándolo para vivir su fe de tal modo que con su actuar se convierta en semilla del Reino en el corazón del mundo.

La formación confirma a los fieles laicos en su vocación y les da la certeza de que «son llamados por Dios para contribuir, desde dentro a modo de fermento, a la santificación del mundo mediante el ejercicio de sus propias tareas, guiados por el espíritu evangélico, y así manifiestan a Cristo ante los demás, principalmente con el testimonio de su vida y con el fulgor de su fe, esperanza y caridad. De este modo, el ser y el actuar en el mundo son para los fieles laicos no sólo una realidad antropológica y sociológica, sino también, y específicamente, una realidad teológica y eclesial»⁹.

A menudo este ser y actuar de los fieles laicos pasa desapercibido para el mundo, se mezcla con la cotidianidad más rutinaria, pero como la levadura en la masa van fermentando y transformando la realidad. Por eso hay que reconocer, dando gracias a Dios, que «ante la mirada iluminada por la fe se descubre un grandioso panorama: el de tantos y tantos fieles laicos –a menudo inadvertidos o incluso incomprendidos; desconocidos por los grandes de la tierra, pero mirados con amor por el Padre–, hombres y mujeres que, precisamente en la vida y actividades de cada jornada, son los obreros incansables que trabajan en la viña del Señor; son los humildes y grandes artífices –por la potencia de la gracia de Dios, ciertamente– del crecimiento del Reino de Dios en la historia»¹⁰.

La celebración de este año del Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar debe suponer, por tanto, un estímulo para potenciar y priorizar con mayor determinación la formación de los laicos, puesto que «la formación de los fieles laicos tiene como objetivo fundamental el descubrimiento cada vez más claro de la propia vocación y la disponibilidad siempre mayor para vivirla en el cumplimiento de la propia misión»¹¹. Y, una vez descubierta esa vocación, «los fieles laicos han de ser formados para vivir aquella unidad con la que está marcado su mismo ser de miembros de la Iglesia y de ciudadanos de la sociedad humana»¹², de modo que se logre la deseada unidad entre fe y vida, que será el testimonio más creíble de la fe en Jesús resucitado.

⁹ Ibíd. 15.

¹⁰ Ibíd. 17.

¹¹ Ibíd. 58.

¹² Ibíd. 59.



Ver

«Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué se salará? Para nada vale ya, sino para tirarla fuera y que la pisen los hombres».

A la hora de ofrecer la necesaria formación en la línea indicada por *Christifideles laici*, hay que evitar una tendencia muy arraigada: la de limitar la formación a una simple instrucción o adquisición de conocimientos. Sirva como muestra el siguiente testimonio:

En mis primeros años de sacerdocio se tenía, en general, como axioma, dar una sólida formación doctrinal, nos decían: «si das a los jóvenes una sólida instrucción doctrinal, con eso, tendrás garantizado el proceder cristiano de los jóvenes en la vida», porque si tienen un sólido esquema doctrinal, luego en la vida proceden cristianamente. Yo, por mi formación jesuítica era un convencido de ese axioma: «dar una sólida formación doctrinal».

Entonces aprendí que se educaban las actitudes actuando, y actuando por motivaciones radicadas en el Evangelio. Yo era partidario de dar unos buenos temas doctrinales cíclicos anuales y empecé por «atormentar» a mis primeros jocosistas con unos temarios que me inventaba yo, recogidos de aquí y allá, pero yo ahí notaba que resbalaba aquello, y esos seriales de temas que yo preparaba con todo el interés, a ellos no les despertaban interés alguno. Me preguntaban: «¿Por qué vamos a tocar este tema?» Les respondía: «Porque es el que le sigue lógicamente al tema anterior».

Para que la formación «no resbale», sino que nos ayude a integrar la fe en la vida, hay que tener en cuenta las circunstancias personales y sociales que nos afectan. Unas circunstancias que impiden que se dé la necesaria integración en la persona de mente, cuerpo y alma (espíritu). Los cristianos somos también hijos de esta sociedad, y nos encontramos influenciados por el ambiente *light*, que en ocasiones nos lleva a actuar de forma incoherente, separando lo que uno cree de lo que celebra y de lo que vive. El cristiano *light*, movido por el subjetivismo, afirma que no necesita mediaciones en su relación con la divinidad, y más que aceptar en su totalidad los compromisos que conlleva su fe, quiere ser él quien decida las «reglas del juego».

Desde esta actitud, el cristiano *light* no siente interés por la formación, siendo frecuente que sus conocimientos sean los que pudo asimilar en las catequesis preparatorias a la Primera Comunión o, en el mejor de los casos, a la Confirmación. Dichos contenidos y conceptos, válidos para una mentalidad infantil o adolescente, resultan claramente insuficientes a la hora de responder a los interrogantes que plantea la vida adulta.

Incluso con laicos que tratan de vivir una mayor coherencia entre fe y vida, nos encontramos con que cada vez hay menos personas dispuestas a recibir una formación cristiana permanente. A veces nos encontramos con «charlas», que se ofrecen periódicamente, acerca de algún tema concreto, pero que se quedan en una simple escucha de conceptos e ideas. Pero en la mayoría de los casos, como hemos dicho, la formación se enfoca de cara a la recepción de algunos sacramentos, una formación que adquiere el formato de una catequesis de mayor o menor duración, con unos contenidos que deben ser aprendidos y memorizados, pero que, precisamente por estar enfocada hacia un sacramento en concreto, ya está marcando de entrada el punto final o la meta de esa formación: el día de la recepción del sacramento.

Al ofrecer la formación como algo en función de la recepción de un sacramento, no estamos mostrando la necesidad de una formación continua, no se educa a los laicos en la necesidad de incorporar la formación cristiana a su vida como una dimensión indispensable para avanzar en su crecimiento y maduración personal, humana y cristiana. Lo mismo que alimentamos nuestro cuerpo y nuestro espíritu (alma), debemos alimentar nuestra mente. Debido a esa falta de formación continuada, tampoco se profundiza en la propia fe ni en sus implicaciones, no se descubre que la fe cristiana conlleva la vocación al apostolado y no se ve la necesidad de asumir un compromiso en la tarea evangelizadora. La persona se sitúa como simple receptora, como «objeto» de esa catequesis o charla, y no como sujeto protagonista que, por coherencia, debe convertirse en testigo y testimonio vivo de lo que cree y celebra, para cumplir así la función a la que está llamado: «El testigo de Cristo no transmite simplemente informaciones, sino que está comprometido personalmente con la verdad que propone y a través de la coherencia de la propia vida se convierte en un punto de referencia creíble».

Preguntas para el ver

1. En tu Comunidad parroquial, Grupo, Movimiento... ¿Se sigue algún tipo de formación? ¿De qué tipo? ¿Sobre qué temas?
2. ¿Qué dificultades encontramos a la hora de proponer una formación cristiana permanente, que cuide el desarrollo integral de la persona?



Juzgar

«Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte».

Para evitar lo expuesto en el punto anterior, la formación debe ser entendida no como una simple adquisición de saberes, sino como el logro progresivo de un modo de ser, de pensar, de sentir, de actuar y de vivir –personal y comunitario– profundamente cristiano. La formación tendrá siempre como eje central el lograr cristianos conscientes de su responsabilidad en la Iglesia y en la sociedad.

Para ello, la formación debe proponerse como objetivo básico favorecer el encuentro con Dios en Jesucristo en todos los ámbitos de la vida, como un medio para suscitar, vivenciar y profundizar dicho encuentro: el encuentro con el Dios que Jesús nos manifiesta, el encuentro con la Iglesia como sacramento y prolongación de Jesús, el encuentro con los hombres y mujeres oprimidos y la opción preferencial por ellos como actitud evangélica y prioritaria, el encuentro con uno mismo y la conversión permanente al Evangelio. Y todo ello como implicaciones fundamentales del encuentro personal con Jesucristo.

La formación ayuda a descubrir que el encuentro con Dios en Jesucristo abarca todos los ámbitos y momentos de la vida. Ser cristianos no es serlo en determinada proporción, sino serlo o querer serlo, con seriedad, las veinticuatro horas del día y todos los días de nuestra vida; serlo ante todas las situaciones y problemas –personales, familiares, afectivos, profesionales, educacionales, políticos, religiosos...– que se presentan en nuestro existir y hemos de afrontar continuamente.

En este sentido, formarse es «estar en forma», unificando la fe y la vida, logrando una progresiva coherencia cristiana que dará como fruto la plena realización de la persona como tal, que integra con normalidad lo que cree, lo que vive y lo que celebra. Afirmar la fe, decir «soy creyente», conlleva un estilo de vida en el que aparecen los contenidos de fe (creer), la fe puesta en obras (vivir), y celebrar lo que uno cree y vive.

La integración de estos tres elementos o dimensiones de la fe podemos reflejarla en la imagen de un triángulo; para poder ser llamado con propiedad «triángulo», debe tener sus tres lados. Esos tres lados del cristianismo coherente están formados por las tres dimensiones del creer, vivir y celebrar. La imagen del triángulo refleja, además, la unidad en la pluralidad, pues se necesita que estén los tres lados para poder hablar del triángulo. Si faltara alguno de ellos no sería un triángulo, ni podría ser llamado así.

«Los discípulos eran constantes en escuchar las enseñanzas de los Apóstoles (creer), en la comunión de vida (vivir), en el partir el pan y en las oraciones (celebrar)» (*Hch 2, 42*).

Ser «cristiano coherente» supone, por tanto, integrar en nuestra vida estas tres dimensiones, de forma que unas potencien y nos ayuden a desarrollar las otras. Ser «cristiano coherente» supone creer en Dios, escuchar la enseñanza de sus «apóstoles» de hoy, creer en Jesucristo, en su Iglesia y en los sacramentos; después debemos vivir lo que decimos que creemos, reconociendo la imagen de Dios en el prójimo; y eso que vivimos lo tenemos que celebrar en comunidad, con todos aquellos que creen y viven lo mismo que nosotros. De forma que lo que celebramos fortalece nuestra fe y nos mueve a que la vivamos con mayor intensidad.

Es importante señalar que estas tres áreas de la celebración, formación y acción deben guardar un equilibrio entre sí. Quizá en algún momento se potencie más alguna de ellas, pero no se debe privilegiar ninguna en detrimento de las otras.

Si se diera ese caso no podríamos estar hablando de una verdadera identidad cristiana, porque una formación sin acción ni espiritualidad es una simple adquisición de conocimientos intelectuales; una acción sin formación ni espiritualidad desemboca en un puro activismo; y una espiritualidad sin formación ni acción supone un espiritualismo desencarnado de la realidad o intimismo.

El proceso formativo, por tanto, debe ir todo él encaminado a construir una persona cristiana encarnada en el mundo, un ser que se vive a sí mismo como ser-en-el-mundo. Una persona comunitaria, un ser de relaciones con los otros, con la naturaleza, con el Otro; una persona consciente de que no puede realizarse en solitario, sino en comunidad y especialmente en la Iglesia.

Una persona dinámica y transformadora, que va haciéndose y transformándose pero también va transformando su entorno en un proceso de liberación y de creación de la Historia cada día más cercano al Plan de Dios. Una persona caminante, con esperanza, que construye el presente consciente de su pasado y con proyección de futuro. Una persona gozosa, que vive la vida como regalo y como tarea, una persona que está llamada a colaborar a través de su trabajo en la obra de Dios. Una persona con sentido de trascendencia, que descubre en sí misma y en lo que le rodea algo más que lo puramente inmediato y cercano. Un ser abierto a lo absoluto y trascendente que, como tal, es capaz de descubrir la profundidad y radicalidad de la vida y de la Historia, vislumbrando en ella la acción amorosa de Dios.

«Y como la formación para el apostolado no puede consistir solamente en la instrucción teórica, aprenda el seglar poco a poco y con prudencia, desde el comienzo de su formación, a verlo, a juzgarlo y a hacerlo todo a la luz de la fe, a formarse y perfeccionarse por sí mismo por la acción con los demás y a entrar así en el servicio activo de la Iglesia».



Entendemos, por tanto, que el proceso formativo necesita de una metodología, por ejemplo la Revisión de Vida, que ayude a hacer surgir en el laico un estilo de vida cristiano. Porque ese estilo de vida no se logra incorporándolo como un contenido más; el estilo como tal sólo será posible a través de su ejercicio sistemático que permita su interiorización y, por tanto, que lo haga nuestro al formarnos en él. Es la metodología, y no los contenidos como tal, lo que posibilita el nivel adecuado de coherencia, puesto que el cristiano laico no es tanto el que hace esto o lo otro, el que trabaja aquí o allá, sino el que se sitúa ante la vida de una determinada manera, que evidentemente estará condicionada por las peculiaridades de su ambiente, de su edad y de sus circunstancias, pero que, más allá de todo esto, manifiesta de forma radical y global un estilo de vida que pasa por ver de una manera concreta la realidad, enjuiciarla desde unos criterios evangélicos e implicarse con un estilo determinado, cuyo fundamento se encuentra en Jesucristo.

Y hay que resaltar que ese estilo no lo vive el cristiano laico en solitario. La formación debe tener una indiscutible dimensión comunitaria, para que con su actuar los laicos desarrollen una verdadera *plantatio Ecclesiae*. La formación ofrece toda su riqueza cuando es ofrecida y recibida en un grupo cristiano. En el grupo, el fiel laico se siente reconocido como persona y vive la experiencia de diálogo profundo. El grupo es el lugar en el que, personal y comunitariamente, se confronta con Jesús, forma sus criterios y opta por unos valores y actitudes evangélicos. En el grupo se contrastan las exigencias y responsabilidades del seguimiento de Jesús, de hacer presente el Reino. El grupo viene a ser el «lugar teológico» en el que Dios actúa y se manifiesta, saliendo al encuentro y ofreciéndose a caminar junto con quienes desean seguirle.

Preguntas para el juzgar

3. La formación que se me ofrece, o que estoy recibiendo, ¿favorece mi encuentro personal con Jesucristo, o se queda en «adquirir conocimientos sobre Él»?

4. Siguiendo el ejemplo del triángulo, ¿puedo decir que las tres dimensiones –creer (formación), vivir (acción), celebrar (espiritualidad)– están equilibradas? ¿Me lleva a vivir más profundamente el sentido de la Encarnación en mis ambientes, o se queda en un intelectualismo?

5. La formación que recibo, ¿sigue una metodología que le dé coherencia y facilite su interiorización, o consiste en temas puntales e inconexos?

Actuar

«Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres que, al ver vuestras buenas obras, den gloria a vuestro Padre que está en los cielos».

A la luz de lo expuesto, resulta patente la necesidad de impulsar y priorizar la formación integral y permanente de los laicos, con las características indicadas, porque nuestro mundo, nuestra sociedad, «reclama evangelizadores creíbles, en cuya vida, en comunión con la cruz y la resurrección de Cristo, resplandezca la belleza del Evangelio. El hombre contemporáneo “escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio”».

Christifideles laici es muy clara en este sentido, y recuerda que «el Concilio Vaticano II ha invitado a todos los fieles laicos a esta unidad de vida, denunciando con fuerza la gravedad de la fractura entre fe y vida, entre Evangelio y cultura». Por eso «se revela hoy cada vez más urgente la formación doctrinal de los fieles laicos, no sólo por el natural dinamismo de profundización de su fe, sino también por la exigencia de “dar razón de la esperanza” que hay en ellos, frente al mundo y sus graves y complejos problemas».

La formación debe lograr no sólo teórica e ideológicamente sino prácticamente que sea la fe cristiana la que presida, determine y unifique la conciencia y existencia en la vida personal, familiar, profesional, eclesial y sociopolítica, de manera que haga de los fieles cristianos testigos de la fe y anunciadores de la Buena Noticia de Jesucristo.

Por eso, se trata de una formación integral para vivir en la unidad, de lograr una forma de ser, de ir siendo cada vez más cristianos. Dicho de otra forma: el proceso formativo debe provocar que las personas hagan síntesis en su vida cotidiana. Que unifiquen su existencia de tal modo que no haya aspectos en ninguna de sus dimensiones que no sean verdaderamente evangélicos.

En este proceso de crecimiento, la participación activa y consciente de los fieles laicos en la Eucaristía es fundamental, indispensable, porque «el encuentro vivo con Cristo Eucaristía es el mejor estímulo para la formación permanente que debe acompañar a todo cristiano a lo largo de su vida. Es imposible tratar con Jesucristo y no crecer en deseos de conocerlo más y mejor».

Se trata por tanto de que los fieles cristianos, «fuertes con la fuerza de la Eucaristía», asuman e integren la formación como un proceso continuado de desarrollo integral, armónico y unitario, con el fin de lograr la necesaria integración en la persona de mente, cuerpo y alma (espíritu), que se traduce en una forma de pensar (los objetivos de la formación se refieren a la dimensión racional de la persona), una forma de sentir (los objetivos de la formación se

refieren también a la dimensión valorativa de la persona, a su afectividad) y una forma de actuar (los objetivos de la formación se refieren también a la dimensión praxeológica de la persona, a su actuación) que sea verdaderamente cristiana. El núcleo de la formación debe ser el progreso en el camino de la santidad y el fomento de una espiritualidad auténticamente seglar.

En resumen, la formación no es algo que se tiene, como quien posee un objeto por precioso que este sea, sino el desarrollo de lo que la persona puede llegar a ser. Por ello, nunca debe consistir en una acumulación de conocimientos que ni se viven ni se practican. Es un proceso que conduce al despliegue de todas las posibilidades (cognoscitivas, afectivas y dinámicas) de la persona.

La formación es toda aquella actividad que desarrollamos para lograr, no a nivel de ideas solamente, sino de forma práctica y vital, que la fe cristiana presida, unifique y dé forma a nuestra existencia, de modo que toda nuestra vida sea experiencia del «encuentro» con Jesucristo, de la fe en Él y de su seguimiento.

La formación, además, es un proceso de autoafirmación dentro del marco de una comunidad cristiana; por ello implica el protagonismo del sujeto y el rechazo del adoctrinamiento. De ahí la exigencia de que el propio sujeto construya su conciencia de un modo unitario y armónico, evitando el intimismo y espiritualismo evasivo con olvido del compromiso socio-político, como dimensión constitutiva de la fe, ni desarrollando un activismo irreflexivo que olvide la oración y el encuentro con Dios.

La formación ha de desarrollar el interior de la persona, y lanzarla a actuar abarcando y comprendiendo el sentido de sus opciones, dando razones de ello, sabiendo concretar en cada momento, con realismo y eficacia, su proyecto de vida para que su actuar en, desde y como Iglesia, contribuya a edificar el Reino de Dios en el corazón del mundo.

Preguntas para el actuar

6. ¿Qué aspectos debo modificar, incorporar o potenciar en la formación que actualmente estoy recibiendo, para que recoja las características indicadas en los distintos documentos?

7. Si no lo estoy haciendo ya, me propongo integrarme en algún grupo de formación. Si en mi Comunidad parroquial no existen grupos, propongo su creación.

Anexo

Bambú japonés

Hay algo muy curioso que sucede con el bambú japonés y que lo transforma en no apto para impacientes. Siembras la semilla, la abonas, y te ocupas de regarla constantemente. Durante los primeros meses no sucede nada apreciable. En realidad no pasa nada con la semilla durante los primeros siete años, a tal punto, que un cultivador inexperto estaría convencido de haber comprado semillas infértiles. Sin embargo, durante el séptimo año, en un período de sólo seis semanas la planta de bambú crece ¡¡más de 30 metros!! ¿Tardó sólo seis semanas en crecer? No. La verdad es que se tomó siete años y seis semanas en desarrollarse. Durante los primeros siete años de aparente inactividad, este bambú estaba generando un complejo sistema de raíces que le permitirían sostener el crecimiento que iba a tener después de siete años.

La formación del laicado adulto y corresponsable que necesita hoy la Iglesia es un proceso que requiere tiempo, dedicación y constancia, por lo que lo podemos comparar con lo que sucede con el bambú japonés, y no lo podemos dejar en manos de impacientes. Muchas personas, sacerdotes o no, tratan de encontrar soluciones rápidas para la pastoral y la formación de los laicos. La formación tiene que ser un proceso que vaya configurando a la persona desde dentro, de forma integral, a todos los niveles.

Sin embargo, en la vida cotidiana muchas personas tratan de encontrar soluciones rápidas, triunfos apresurados, sin entender que el éxito es simplemente resultado del crecimiento interno y que este requiere tiempo.

Quienes no se dan por vencidos, van gradual e imperceptiblemente creando los hábitos y el temple que les permitirá obtener un estilo de vida que sostendrá su compromiso cristiano cuando este al fin se materialice.

**Laicos cristianos:
sal y luz del mundo**

